



### 3. Geopolítica(s) en tiempos de crisis

## De vuelta sobre el declive del imperialismo estadounidense

*Roberto Montoya*

Cíclicamente se reabre el debate: ¿Ha comenzado ya, o se ha acentuado aún más, el declive del imperialismo estadounidense? Y pareciera que los cambios mundiales iniciados hace dos décadas justificaran volver sobre el tema, la profundización del declive parece innegable.

Algunos analistas intentan comparar la crisis actual del modelo imperial estadounidense con los años '20 y los '70, y otros buscan similitudes incluso en las características que presentaba el imperio británico en las primeras décadas del siglo XX y que precedieron a su ocaso.

La derecha más recalcitrante estadounidense, como la británica y europea —incluida la española—, llevan años también alertando de que Estados Unidos va hacia el precipicio, que si no se revierte su rumbo actual seguirá el camino de los viejos imperios europeos.

Sus argumentos se basan exclusivamente en causas coyunturales. Para los neocon las alarmas sonaron solo tras la llegada a la Casa Blanca de un inquilino supuestamente peligroso, del primer presidente afroamericano, de Barack Obama, un demócrata que como senador había votado en su momento contra la guerra de Iraq y que durante su campaña electoral en 2008, el mismo año en el que saltaba por los aires la burbuja financiera, prometía tan subversivas medidas como una tímida reforma fiscal y una tímida reforma sanitaria e inmigratoria.

Si a estas promesas se añadían su anuncio de acabar con las guerras de Iraq y Afganistán, el cierre de Guantánamo, la eliminación de los vuelos y cárceles secretas de la CIA y la prohibición de la tortura a los detenidos, el panorama se presentaba apocalíptico para la derecha.

Alvaro Martín, de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), escribía en 2010 tras vaticinar con total seguridad que Obama no sería reelegido en 2012, que en su primer año de Gobierno, 2009, se había producido

“Los republicanos no lograron que Obama se desgastara en su primer mandato a tal punto de poder impedir su reelección en 2012”

un “deterioro económico vertiginoso”, al compás de una agenda política “enteramente antitética de los derechos individuales y la economía de mercado, y ahora que está de moda el concepto y el espantoso vocablo, de cualquier noción de sostenibilidad a medio plazo” (Martín, 2009).

El analista de la fundación del PP pasaba a explicar el “derroche” de dinero público llevado a cabo por la administración Obama, a la que tildaba de “socialdemocracia americana”, para concluir: “América ya no es lo que era y tampoco seguirá siendo lo mismo un Occidente que llegará a ver y a lamentar el declive de EE UU en un futuro predecible”.

Los análisis de la FAES son una mala copia de los que se pueden leer en trabajos de la Brookings Institution, la Heritage Foundation u otros *think tanks* conservadores, y son a los que se han aferrado los líderes del Partido Republicano para alarmar a los electores estadounidenses sobre el futuro que depara al país de continuar los demócratas en el poder.

En realidad su boicot a Obama en el Congreso ha dejado a este con escaso margen de maniobra para llevar a cabo sus reformas; nada ha cambiado la administración demócrata en esencia en política económica y nada sustancialmente distinto proponen tampoco los republicanos para sacar al país de la crisis, que explotó en 2008 bajo el mandato de su presidente Bush.

Su única solución, dar una vuelta más de tuerca a los cuellos de los trabajadores, en clara sintonía con la UE. Los índices de desigualdad social se han disparado en estos últimos seis años en EE UU, mientras en Venezuela, Uruguay y otros países latinoamericanos disminuían notoriamente, según la CEPAL.

El Partido Republicano ha logrado increíblemente vender a la opinión pública una versión de las causas de la crisis financiera — “irresponsabilidad de ciertas sociedades crediticias privadas” — en la que ha eximido a la administración Bush de toda responsabilidad.

Su argumento es: para paliar esa situación provocada por otros y evitar que se profundizara aún más la crisis con consecuencias catastróficas tipo Gran Depresión, el Estado — ahora sí, el Estado — tenía que cumplir su papel de tutela de todos los ciudadanos... reduciendo el gasto público.

Y el que lo tenía que reducir era el nuevo presidente que heredó la crisis abierta, Barack Obama.

Las elecciones presidenciales llegaron en un momento ideal para los republicanos, noviembre de 2008.

Los republicanos no lograron que Obama se desgastara en su primer mandato a tal punto de poder impedir su reelección en 2012, pero la caída en picado del presidente no ha hecho más que acentuarse desde entonces y explica la derrota demócrata en las recientes elecciones parciales al Congreso y Senado a medio mandato.

El Partido Republicano, que en 2011 pasó a controlar la Cámara de Representantes, tiene ahora ya la hegemonía en ambas cámaras, lo que permite prever que durante el resto de mandato presidencial —hasta Enero de 2017— a Obama solo le queda como recurso para evitar ser un *pato cojo*, una marioneta del Partido Republicano, sacar adelante algunas de sus reformas a base de decretos.

Al menos en política nacional pareciera ser su única opción, ya que en política exterior el presidente tiene facultad para tomar más decisiones sin tener que pasar por el Congreso y enfrentarse al veto republicano.

Obama, durante cuya administración se ha deportado a un número récord de inmigrantes sin papeles, proyecta volver sobre su prometida reforma migratoria y legalizar a cerca de cinco millones de indocumentados. Su propuesta original —legalizar a once millones— no solo fue rechazada de plano por el Partido Republicano, sino también por sectores significativos del propio Partido Demócrata.

Pero Obama insiste, sabe el papel que jugaron los hispanos en su elección en 2008 y sabe también que coloca en una situación embarazosa a los republicanos, que tampoco quieren perder el cada vez más importante voto hispano.

La filtración de la *Fox* y de *The New York Times* de que el presidente decidiría sobre los sin papeles con una medida ejecutiva antes de fines de 2014 no solo preocupa a los republicanos. El propio líder de los demócratas en el Senado, Harry Reid, pidió públicamente a Barack Obama que no anunciara una medida polémica como esa al menos hasta después del 11 de diciembre, fecha en que el Congreso debería aprobar el gasto de la administración a utilizar hasta el 30 de septiembre de 2015. Reid advertía del peligro de que los republicanos revieran sus compromisos y volvieran a provocar una parálisis administrativa como ocurrió en 2013.

El Partido Republicano no descarta incluso presentar un *impeachment* para impedir que Obama se salga con la suya gobernando a base de decretos.

En el plano externo Obama también tomaba algunas iniciativas pocos días después de sufrir la derrota electoral en el Senado. El presidente firmaba un acuerdo con India para eliminar barreras aduaneras y activar así la estancada negociación sobre liberalización comercial en el seno de la Organización Mundial del Comercio.

Frente a las críticas republicanas de que se había dejado ganar terreno por China y que había hecho que EE UU perdiera el liderazgo mundial, Obama firmaba también con Xi Jinping en el marco de la Cumbre del Foro Asia-Pacífico un pacto contra el cambio climático, hasta el momento al menos totalmente impreciso. Obama intentó vender este pacto entre las dos potencias más contaminantes del mundo como algo de gran trascendencia, pero sabe bien que para los republicanos el calentamiento global es prácticamente una conjura de un grupo de científicos y que boicotearían todas sus iniciativas en ese terreno.

Las iniciativas de Obama no dejan de ser los manotazos de un ahogado para evitar pasar a la historia como un *pato cojo* que deja a su partido a los pies de los elefantes republicanos.

“El Partido Republicano no descarta incluso presentar un *impeachment* para impedir que Obama se salga con la suya gobernando a base de decretos”

Los líderes republicanos —y no solo ellos— están convencidos de que ganarán las elecciones presidenciales de noviembre de 2016 y que, una vez de vuelta en el poder, podrán invertir el declive mundial en el que está sumido EE UU. Ni ellos ni la mayoría de los *think tanks* conservadores aceptan reconocer la gravedad de la crisis del modelo imperial mantenido hasta ahora y lo presentan como parte de una coyuntura económica mundial temporalmente desfavorable y una gestión pésima de ella por parte de la administración Obama.

Los republicanos eludieron presentar un programa alternativo en las recientes elecciones de noviembre, unas elecciones con el más bajo índice de participación en unos comicios a medio mandato desde 1942, un 37%, similar al que se tuvo en la consulta popular catalana a pesar del boicot del Gobierno de Rajoy y la Justicia.

## Los cambios tras el fin de la Guerra Fría

La caída del Muro de Berlín en 1989 y la derrota de la Unión Soviética en Afganistán, seguida poco después por su implosión y el derrumbe de las burocracias de Europa del Este, provocaron la euforia en EE UU e hicieron crecer el sueño en un *Nuevo Orden*, con una hegemonía total estadounidense a nivel mundial.

Fue esa la época del Consenso de Washington y el lanzamiento del ALCA en América Latina, propiciando gobiernos ultraliberales y privatizadores en reemplazo de las ya ineficaces dictaduras militares; fue la época de la expansión de la OTAN y la guerra en los Balcanes; fue la época de la Guerra del Golfo y la carrera por el control de las fuentes de energía en Oriente Medio y África; fue la época de la globalización y la incorporación de China al orden capitalista mundial.

Sin embargo, en un flanco del planeta, marginado de los grandes centros de poder, en América Latina y el Caribe, algo se empezaba a incubar en esos años, provocado fundamentalmente por los planes austericidas de las burguesías locales cómplices de las multinacionales estadounidenses y españolas.

El *caracazo* de 1989, el levantamiento popular espontáneo contra los brutales planes de ajuste impulsados por el FMI en Venezuela fue un primer aviso, aplacado a sangre y fuego por el Gobierno del socialdemócrata Carlos Andrés Pérez. Su entonces ministro de Fomento, Industria y Comercio, Moisés Naim, sigue dando lecciones de libre mercado y democracia semanalmente desde las páginas de *El País* y de *Foreign Policy*.

El levantamiento del EZLN el 1 de enero de 1994, el mismo día en que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio entre México, EE UU y Canadá, fue otro aviso muy importante, inédito; los campesinos e indígenas

más postergados hacían escuchar su grito desde lo más profundo de la selva Lacandona, en el sur de México.

A estos hechos le siguieron muchos otros, y en 1998 llegaría la gran sorpresa, el *zambo* Hugo Chávez alcanzaba el poder tras conseguir un abrumador triunfo en las urnas.

La sucesión de hechos fue muy rápida: triunfo de un dirigente indígena en Bolivia, Evo Morales; triunfo de Rafael Correa en Ecuador, victorias que se completarían con la llegada de gobiernos progresistas de distinto tipo en Uruguay, Argentina, Honduras, Paraguay, Chile, Nicaragua, Brasil y con la vuelta de Cuba a la vida política y económica de América Latina.

Estados Unidos veía entonces sin capacidad de reacción cómo el ALCA se hundía; cómo perdía su peso en la OEA al punto que esta invitaba a volver a su seno a Cuba, que había sido expulsada en 1962; crecían organismos de integración regional de los que quedaba excluido EE UU, como el ALBA, UNASUR, la CELAC, el Banco del Sur y un largo etcétera.

EE UU siguió siendo a pesar de todo un importante actor en la zona; impulsó el frustrado golpe de Estado de 2002 contra Hugo Chávez y luego los exitosos golpes de Estado *blandos* en Honduras y Paraguay, aunque fracasaría en Bolivia. Estados Unidos sigue siendo todavía el primer inversor en la región, seguido por España, pero nuevos actores han irrumpido con fuerza en la región (China, Rusia, Irán), algo impensable en las décadas de Guerra Fría.

La región no ha seguido el rumbo previsto por EE UU, ha roto todos los esquemas, se cuestionan y revisan acuerdos comerciales, financieros, políticos y militares.

China no solo compra masivamente materias primas en América Latina y el Caribe, invierte en infraestructuras, instala plantas automotrices y compra deuda pública. En junio de 2014 sellaba una alianza estratégica con Venezuela, otorgándole créditos por 3.000 millones de euros a cambio de 600.000 barriles diarios de petróleo, y entraba de lleno en la construcción de puertos en Cuba y en su sector petrolero.

Según datos del *Global Economic Governance Initiative*, de la Universidad de Boston, en América Latina, “entre 2005 y 2013, el financiamiento total proporcionado por los principales bancos chinos, Banco de Desarrollo de China (CB) y el Banco de Exportación e Importación (Eximbank), alcanzó 102.000 millones de dólares”.

Dichos préstamos superaron con creces a los concedidos en el mismo periodo por el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco de Exportación e Importación de Estados Unidos.

En una proporción muy inferior, Rusia empezó hace años a incursionar en el antes exclusivo *patio trasero* de EE UU y Putin confirmaba también en julio pasado en una visita a La Habana su decisión de hacer de la isla su punta de lanza para toda la zona. Putin comprometió inversiones de 3.000 millones de euros en

la zona franca de Mariel, tras condonar el 90% de la deuda de 26.000 millones de euros contraída por La Habana con Moscú en las últimas tres décadas.

Vladimir Putin y Raúl Castro acordaron incluso reabrir la antigua base de espionaje soviética en Lourdes, a 250 kilómetros de EE UU, cerrada en 2001. Ese mismo mes de gira de Putin por América Latina, el presidente ruso ultimó con Dilma Rousseff la venta de sistemas de defensa antiaérea a Brasil, suscribiendo igualmente contratos en energía, infraestructuras, tecnología y salud.

Durante esa visita Putin participó también en la cumbre que celebró en Brasil el grupo de los BRICS, donde se aprobó crear un banco propio y un fondo de reservas.

En el mismo mes de julio que se producían esos movimientos de China y Rusia en América Latina y el Caribe, Estados Unidos evidenciaba seguir anclado en otra época: imponía a BNP Paribas —el mayor banco de Francia y el segundo gran grupo financiero de la zona euro— una sanción de 6.450 millones de euros por saltarse durante años los embargos a Cuba, Irán y Sudán.

Estados Unidos, con una deuda de 17,9 billones de dólares —17,9 trillones en inglés— ve con envidia y temor la expansión económica imparable de China no solo en Asia, África y América Latina sino también en Europa y EE UU. China tiene en su caja fuerte bonos de deuda pública de muchos países desarrollados, entre ellos EE UU, al punto que este país no puede descartar tener que ser rescatado por el coloso asiático.

La expansión capitalista en China la ha llegado a transformar en la gran reserva financiera mundial, contando con más del 30% de las reservas globales.

## **El 11-S y el boomerang yihadista**

Estados Unidos se vio sorprendido el 11S de 2001 por el demoledor golpe recibido de Osama bin Laden, aquel viejo aliado en Afganistán tan vital para derrotar a las tropas soviéticas sin introducir en ese país ni un soldado propio.

El *boomerang* lanzado por EE UU contra la URSS, que influiría tan decisivamente en su atomización poco después de la retirada de sus tropas de Afganistán, volvería con fuerza contra Washington.

Aquella alianza contra natura con las fuerzas yihadistas que daría lugar a la creación de Al Qaeda, sería pagada por EE UU una década después, pero Washington creyó ver la forma de sacar partido incluso del golpe recibido. La *cruzada contra el terror* era la fórmula.

El gran poder económico de EE UU confió en la capacidad del petrolero y belicista gabinete de Bush *junior* para atajar el golpe y devolverlo con mayor fuerza y amplitud. Bush no buscó vías sofisticadas para volver con fuerza e impunidad a una zona que obsesiona a EE UU desde hace más de medio siglo, el Golfo Pérsico, fuente por excelencia de las mayores riquezas petroleras y donde se sitúa su gran enemigo desde hace más de tres décadas, Irán.

Bush recurrió a la guerra, a la intervención militar directa, a la invasión de Afganistán e Iraq, expandiéndose incluso a Pakistán, su otrora gran aliado en la zona.

Pero ni Bush ni luego Obama resolvieron con esas guerras de rapiña los problemas energéticos, económicos y geoestratégicos de EE UU. Esas guerras supusieron miles y miles de millones de dólares de inversión solo parcialmente recuperados por la actividad petrolera y las contrataciones de reconstrucción de lo destruido con sus propios bombardeos.

La imposibilidad de cerrar esas guerras más de una década después alteró los planes imperiales. Con guerras abiertas, sin posibilidad de mantener una producción estable de petróleo y gas, con pozos de petróleo que caen en manos yihadistas —ahora las del Estado Islámico— el negocio no funciona como se esperaba.

En el caso de Iraq, la alteración de los planes estratégicos de EE UU llegó al extremo de terminar aupando al poder a fuerzas chiíes corruptas, sectarias y represivas... aliadas de Irán.

Los líderes políticos y religiosos iraníes tienen hoy día gran influencia sobre el Gobierno de Bagdad, sus tropas especiales colaboran en el asesoramiento de las tropas iraquíes para hacer frente al imparable avance del Estado Islámico. Una situación paradójica, impensable solo unos pocos años atrás.

La guerra de Iraq se ha ampliado a Siria pero no en los términos que hubiera querido EE UU. Siria formaba parte del *Eje del Mal* desde la era Bush, pero nunca antes Washington hubiera pensado que intervendría en ese país —aliado de Rusia e Irán— no para golpear al despótico régimen de Al Assad sino para frenar a sus principales adversarios. Otra situación paradójica, otra encerrona de la que EE UU no sabe cómo salir.

Esa guerra se extiende ya también al Líbano y la principal fuerza que hace frente al Estado Islámico, Hezbolá, es otro enemigo de EE UU.

Libia está a un paso de convertirse en un Estado fallido tras la guerra civil desatada tras la caída de Gadafi, causada fundamentalmente por la nefasta intervención militar de EE UU, Reino Unido y sus aliados que han ayudado al auge del yihadismo y a su propagación al África subsahariana.

EE UU vuelve a países como Somalia —de donde salió huyendo hace dos décadas— para intentar con los asesinatos selectivos de sus *drones* eliminar a un enemigo que crece de manera imparable en una amplísima región, poniendo en jaque a gobiernos de países ricos en minerales que se disputan EE UU y China.

Son fuegos que aparecen por doquier, que no se circunscriben a Oriente Medio, que están en el Cuerno de África y el África subsahariana, como están en la asiática Afganistán o en la frontera de Turquía, en el Golfo Pérsico o el convulsionado Magreb.

EE UU va apagando fuegos aquí y allá, cambiando de aliados una y otra vez, sin poder llevar la iniciativa, sin tener una estrategia clara.

Washington ve peligrar incluso los intereses de su gran aliado en Oriente Medio, Israel, tras los cambios en la zona y el reconocimiento de Palestina como miembro observador de la ONU y la creciente corriente entre los aliados europeos a reconocer al Estado palestino. Suecia ya lo ha hecho y Francia y España podrían hacerlo a medio plazo.

Durante la Administración Obama se ha añadido un nuevo frente, en Europa, en el que se juegan intereses económicos y energéticos pero sobre todo estratégicos de primer orden: Ucrania.

La iniciativa política y militar ha hecho fracasar hasta el momento al menos en parte los planes de EE UU, sus aliados de la UE y la OTAN, para controlar Ucrania, la última frontera con Rusia, como hicieron con el resto de países que estaban bajo la órbita de Moscú.

Rusia impidió que el operativo occidental le quitara el control sobre Crimea, y con ello cerrara las únicas puertas al Mediterráneo de su poderosa Flota del Mar Negro, y mantiene el pulso a Occidente en el este de Ucrania, apoyando abiertamente a los separatistas prorrusos.

Ante el cúmulo de fracasos en las guerras y conflictos en el extranjero en los que está involucrado Estados Unidos, tiende a crecer la corriente aislacionista entre la ciudadanía de ese país. Una reciente encuesta del *Pew Research Center* y *Político*, mostraba que el 52% de los estadounidenses entendía que su país debe implicarse menos en los problemas de otros países y no se mostraban partidarios de una política más intervencionista. Un 42% de los encuestados proponían que EE UU se implicara menos en la guerra civil de Siria, índice que llegaba al 44% con respecto a la guerra de Iraq, mientras que en la crisis de Ucrania era el 34% y un 31% sostenía que en ese caso tendría que mantener la posición actual.

Los ciudadanos estadounidenses parecen extraer como conclusión que la intervención de su país en guerras y conflictos en el extranjero desde el fin de la Guerra Fría no ha beneficiado a EE UU como esperaban y que ha alterado aún más la situación mundial.

EE UU tiene un problema, comprueba que China acrecienta su peso económico mundial, que aumenta drásticamente su presupuesto militar mientras EE UU lo reduce, pacta con Rusia acuerdos energéticos y comerciales estratégicos y se apoya en ese país para formar un polo alternativo al dominio del imperio estadounidense.

Ante esta realidad que acelera el declive del imperio estadounidense, personajes como el demócrata Zbigniew Brzezinski sostienen que es hora de medidas de emergencia, que es hora de emular la *Atlantic Charter* de 1941 entre EE UU y Gran Bretaña, firmando una *Pacific Charter* con China. Para el todavía muy influyente Brzezinski, un pacto de gran calado a nivel global entre las dos potencias es la única salida que le queda a EE UU para frenar su caída y lograr una estabilidad geopolítica en lo económico, político y a nivel de seguridad ante la crisis global actual (Hirsh, 2014).

**Roberto Montoya** es periodista, miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR* y autor de *El imperio global, La impunidad imperial y Drones: la muerte por control remoto*.

## **Bibliografía citada**

- Alvaro, M. (2009) “Hacia un mundo feliz... el imparable declive de EE UU”. Disponible en: [http://www.fundacionfaes.org/file\\_upload/publication/pdf/20130423214458hacia-un-mundo-feliz-el-imparable-declive-de-ee-uu.pdf](http://www.fundacionfaes.org/file_upload/publication/pdf/20130423214458hacia-un-mundo-feliz-el-imparable-declive-de-ee-uu.pdf).
- Global Economic Governance Initiative: *China-Latin America Finance Database*. Universidad de Boston. Disponible en: [http://www.thedialogue.org/map\\_list](http://www.thedialogue.org/map_list).
- Hirsh, M. (2014) “It’s Time for a New Opening to China”, A Q&A wth Zbigniew Brzezinski. *Politico Magazine*. Disponible en: <http://www.politico.com/magazine/story/2014/11/its-time-for-a-new-opening-to-china-112656.html#.VgfFEOktBMs>. 6/11/2014.